

mercio. Pero despues que Roma fuera dueña de las costas de Europa, del Africa y del Asia, nada hubiera sido más fácil que reprimir el robo marítimo. Si el pueblo rey se dejó insultar por los corsarios, es porque careció siempre del genio de la navegacion. La República no tuvo flotas más que mientras tuvo que combatir á Cartago. Resultó de aquí que el mar estaba á merced de los aventureros y de los traficantes de esclavos. Es necesario añadir, para vergüenza del régimen aristocrático, que la oligarquía romana se cuidaba más de explotar las provincias que de defenderlas. Gracias á intrigas políticas, Pompeyo llegó á hacerse otorgar poderes extraordinarios para restablecer la libertad de los mares. El afortunado general venció á los piratas, pero no extirpó la piratería (1). Aún despues de su victoria Roma se vió obligada á tomar precauciones extraordinarias para garantir la seguridad de las comunicaciones y la libertad de los ciudadanos (2). En la última guerra civil reaparecieron los corsarios, y por singular coincidencia el hijo de Pompeyo se puso á su cabeza: «Sexto, dice el poeta, infama, como pirata siciliano, los triunfos de su padre» (3). Augusto hizo una guerra á muerte á los pueblos que se entregaban á la piratería; se gloriaba de haber purgado los mares de piratas (4). Sin embargo, la piratería continuó, aún en el interior del Imperio. Uno de los últimos historiadores de Roma dice, hablando de la guerra de los piratas, «que la piratería ha existido y existirá siempre, en tanto que la naturaleza humana no varíe» (5). Este es un rasgo característico de la antigüedad. En los tiempos modernos los corsarios se retiran ante la civilizacion; aunque la guerra ensangrienta aún los mares, la piratería al ménos ha desaparecido. La antigüedad, que no reconocía vínculos de derecho entre los pueblos, no podía esperar que el robo internacional cesase jamas.

(1) APPIAN., *Bell. Mithrid.*, 94.

(2) Las costas de la Italia estaban guardadas por un cuerpo de caballería; se equiparon flotas (CICER., *pro Flacco*, c. 12, 13); las ciudades del Asia tuvieron que facilitar naves para reprimir á los corsarios (CICER., *Verr.*, II, 1, 35).

(3) LUCAN., *Pharsal.*, VI.—FLORO, IV, 8.—VELLEJ., II, 73.

(4) APPIAN., *De Reb. Illyr.*, c. 16.—*Monumentum Ancyrannum*, tab. II.

(5) DION. CASS., XXXVI, 3.

§ IV.—El derecho de gentes y las relaciones internacionales.

N.º 1.—El derecho de gentes. Guerras de Asia.

El derecho de gentes fué en el último siglo de la República lo que habia sido en el primero. Las ciencias y las artes no habian humanizado las costumbres. Algunos hombres se elevaron por cima de su nacion. César fué aún más ilustre por su humanidad que por sus hazañas. Lúculo supo ganarse una reputacion de justicia y casi de desinterés en medio de las riquezas del Asia. Bajo el punto de vista de los sentimientos modernos, encontramos bárbaro á César y á Lúculo rapaz; pero la masa del pueblo romano era infinitamente más cruel y más avara.

En la guerra contra Yugurta, la aristocracia vendió públicamente los intereses de la República. Nunca fué más vergonzosa la venalidad, nunca se hizo ostencion del desprecio del derecho con más impudencia. El audaz nómida asesina á uno de los herederos legítimos del trono y hace la guerra al otro. Aderbal recurre en queja al Senado. Yugurta envia embajadores cargados de argumentos irresistibles. Los partidarios más decididos de Aderbal pasan súbitamente de la indignacion más viva á la benevolencia más marcada; el oro los persuadió de los derechos del usurpador, el dinero les demostró su inocencia. Los comisionados hacen la reparticion del reino entre Yugurta y Aderbal, en ventaja de Yugurta, y sobre todo en provecho propio. El ambicioso bastardo vuelve á comenzar la guerra contra Aderbal, anciano pacífico que prefería el estudio de la filosofía á las luchas de los campos de batalla. Vencido, se retira á su capital. Dos comisiones senatoriales llegan al campo de Yugurta, sin más resultado que enriquecerse los comisionados. El príncipe nómida se apodera de Cirta; da muerte á Aderbal y á todos los varones de la poblacion, así Italianos como Africanos. Un grito de horror resuena en Italia; el pueblo se subleva contra una aristocracia que vende el honor y el interés de la República como si se tratase de una industria y mercadería. Bajo

las amenazas de un tribuno se declara la guerra; se ponen á la cabeza del ejército los hombres más íntegros de la aristocracia. Su integridad consistía en venderse más caros que el resto de los senadores. Yugurta compró la paz. Llamado á Roma para dar cuenta de sus escandalosas negociaciones, osó presentarse y hacer asesinar á su último competidor al trono de Masinisa. Recibió por fin la orden de abandonar la Italia. Se cuenta que despues de haber salido de Roma dejó escapar estas palabras: «¡Ciudad venal, que perecería bien pronto si encontrase un comprador!» (1).

El tratado fué roto, volvió á comenzar la guerra; pero Yugurta habia tratado tan bien á los oficiales, que el ejército romano quedó en la inaccion, y cuando entró en campaña fué derrotado. La vergonzosa derrota de las legiones fué coronada por la renovacion del vergonzoso tratado que acababa de ser roto. Estalló la indignacion en Roma. El Senado conjuró la tempestad, sacrificando á algunos culpables, pero el más criminal de todos fué nombrado censor! Sin embargo, el escándalo habia llegado á su colmo; era necesario ponerle un término. La guerra fué seriamente proseguida, pero las hostilidades fueron dignas de las negociaciones. Metelo entra en las comarcas más ricas del África asolando los campos, toma é incendia las casas de campo y las ciudades, hace pasar á cuchillo á los habitantes que podian llevar las armas; todo lo demas es presa de los soldados: adonde no alcanza el saqueo, alcanza el incendio. Este era el derecho comun de la guerra. ¡ Pero qué dirémos del general romano, un Metelo, que arma intrigas para hacer asesinar á Yugurta miéntras negocia con él! ¡ Qué dirémos de Mario que toma una ciudad por capitulacion, la viola y pasa á cuchillo todos los varones de la poblacion! Yugurta es entregado por traicion, y el intermediario de este golpe político es Sila! (2). La guerra fué dignamente coronada con el asesinato de Yugurta: «Despues de la ceremonia del triunfo fué conducido á una prision. Los lictores estaban tan impacientes por apoderarse de sus despojos que hicieron trizas su túnica y le arrancaron las puntas de las orejas al arrancarle los anillos de oro

(1) SALLUST., *Jug.*, c. 13, 16, 24, 27, 29, 35.—FLOBO, III, 2.

(2) IBID., *Jug.*, c. 55, 54, 91, 92.

que llevaba. Despues, completamente desnudo, fué arrojado á un foso profundo; cuando le empujaron exclamó, en el extravio de la razon, ó movido por una amarga ironía: «¡Por Hércules, que frías están estas estufas!» Luchó seis dias contra el hambre; se le hizo, por fin, el favor de extrangularle» (1).

Yugurta habia dicho que Roma se vendería; palabra profética, porque llegó un dia en que, en el exceso de su licencia, los pretorianos pusieron el Imperio en venta. Pero ántes de caer tan bajo, los Romanos debian pasar por una corrupcion que tiene casi grandeza á fuerza de ser gigantesca. El Asia fué la ocasion, mejor que la causa de esta disolucion. Los conquistadores del mundo habian desdeñado siempre la industria y el comercio; la agricultura, que habia gozado de grandes honores, decayó con la extincion de la poblacion libre. No quedaba al pueblo rey para enriquecerse sino el saqueo y la explotacion de los países conquistados: se lanzó con furor sobre esta presa. Pero, si las riquezas adquiridas por el trabajo son un elemento de civilizacion, la pasion del oro, alimentada por la conquista, desmoraliza y degrada á los que á ella se entregan. Tal fué la suerte de los Romanos.

Las guerras del Asia son célebres por el nombre de Mitridates, en el cual se quiere ver otro Aníbal; pero el déspota oriental nada tiene de comun con el general cartagines más que el odio á Roma (2). Lo que constituyó su fuerza fué la exasperacion de los pueblos reducidos al extremo por la opresion de los procónsules y de los caballeros (3). La famosa matanza de los ciudadanos romanos ordenada por Mitridates fué como las vísperas sicilianas de los Asiáticos. Hubo extraordinario encarnizamiento en su venganza; arrancábase de los templos á los que creian hallar en ellos un asilo: se perseguia hasta por mar á los que intentaban salvarse: se mataba á los niños á los ojos de sus madres: no se perdonaba ni áun á los esclavos de sangre italiana. Prueba cierta, dice *Appiano*, de que no era el temor de Mitridates, sino el odio al

(1) PLUTARCH., *Marius*, 12.—Compárese MOMMSEN, t. II, p. 137-154.

(2) *Odio in Romanos Annibal* (VELLEJ. PATERC., II, 18).

(3) FLOBO, III, 6.—PLUTARCH., *Lucull.*, 7.

nombre romano el que impulsaba á los asiáticos á este exceso (1).

Los triunfos de Mitrídates fueron pasajeros; fué vencido por Sila, por Lúculo, por Pompeyo. Sila obró como quien no dudaba que la causa de la guerra era la opresion de los pueblos vencidos; impuso al Asia una contribucion de guerra de ciento veinte millones; acumulando usura sobre usura, los arrendadores hicieron subir el impuesto al séxtuplo. No bastando estas enormes exacciones á contentar la codicia de los soldados, comenzó á violar los templos más sagrados de la Grecia, uniendo el insulto á la violencia (2). Conocida es la frialdad sanguinaria del dictador en las guerras civiles: fué igualmente impío en la guerra extranjera. Los Atenienses habian tomado el partido de Mitrídates. Acostumbrados á ser respetados por los enemigos, á causa de la admiracion que se profesaba á sus antepasados, no temieron burlarse de Sila desde lo alto de sus muros; caro les costó. «Sila entró en Atenas á media noche, entre los gritos furiosos del ejército, al cual habia dejado amplia libertad de saquear y matar. La carnicería fué horrible: sin contar los que fueron muertos en los otros barrios, la sangre vertida en la plaza rebosó por las puertas y corrió hasta el arrabal» (3).

¿Quién creería que el saqueo de Atenas pasó casi por un acto de humanidad? Tal era la barbárie del derecho de guerra de la antigüedad, que Sila pudo felicitar-se del modo con que habia tratado á los Atenienses (4). Los vencidos mismos creían que su patria sería destruida; un gran número de ciudadanos se habian matado ya de dolor y de pesar, cuando el vencedor, saciado de venganza, declaró que en obsequio á los muertos perdonaba á los vivos (5). Comparando la conducta de Sila con la de Lisandro, *Plutarco* no vacila en afirmar que el feroz Romano fué un enemigo más generoso que el Espartano (6).

(1) APPIAN., *De bello Mithrid.*, c. 22, 23.—CICER., *pro lege Manil.*, 3.—TACIT., *Ann.*, IV, 14.

(2) IBID., B. C., I, 102.—PLUTARCH., *Lucull.*, 20, *Syll.*, 12.

(3) PLUTARCH., *Syll.*, 2, 14.—APPIAN., *De bello Mithrid.*, c. 38.

(4) IBID., *Reg. apophthegm.*, *Syll.* (*Op. Moral.*, p. 202, E).

(5) IBID., *Syll.*, 14.

(6) IBID., *Compár. Lys. et Syll.*, c. 5.

El sucesor de Sila en la guerra de Asia fué uno de los generales más humanos de Roma. Lúculo puso término á los robos de los publicanos; las provincias envidiaban la dicha de los habitantes sometidos á su gobierno (1); los Bárbaros mismos fueron subyugados por su humanidad (2). Sus soldados le censuraban porque entraba en negociaciones con todas las ciudades, para impedir el saqueo; sin embargo, acabaron por hartarse de botin hasta el punto de que un esclavo se vendia por cuatro dracmas (3). Lúculo tambien acumuló inmensas riquezas en sus campañas; su lujo hizo que el estóico Tuberon le llamara «un Jerjes con toga» (4). Para satisfacer aquellos gastos que preludiaron las profusiones insensatas del Imperio, no le fué necesario á Lúculo más que una campaña de algunos años. ¿Cuáles serian las depredaciones de los generales que despojaban á amigos y enemigos? (5).

Lúculo venció á Mitrídates y Tigranes con un puñado de Romanos. Sus victorias revelaron la debilidad de estos imperios de Asia que se levantan y caen como torbellinos de polvo en los desiertos. La coalicion de Pompeyo con el partido popular dió al afortunado general la direccion de la guerra, poniendo á su disposicion todas las fuerzas de la República. Le fué fácil someter á los reyes del Ponto y de la Armenia. La suerte de estos déspotas asiáticos nos interesa muy poco. Durante su prosperidad, Tigranes habia afectado un orgullo insultante: se hacía servir por cuatro príncipes, á guisa de esclavos. Vencido, se humilló á los lictores romanos: puso su diadema á los piés de Pompeyo, y prosternándose en tierra le abrazó las rodillas (6). Mitrídates tenía más corazon: se envenenó. Era una naturaleza poderosa, pero sin elevacion, sin nobleza. Como los sultanes turcos, comenzó su reinado dando muerte á su madre, á sus hermanos, á sus hermanas, á

(1) PLUTARCH., *Lucull.*, 20.

(2) Reyes árabes, dice Plutarco, vinieron á poner sus personas y sus estados á su discrecion; los Gordienios quisieron abandonar sus ciudades para seguirle con sus mujeres y sus hijos (*Lucull.*, c. 29).

(3) PLUTARCH., *Lucull.*, 14, 29.—APPIAN., *De bello Mithrid.*, 68.

(4) Sus comidas costaban habitualmente 50.000 dracmas (unos 45.000 fr.).—PLUTARCH., *Lucull.*, 39.

(5) PLUTARCH., *Lucull.*, 4, 19, 23, 24, 29, 38.—CICER., *Acad.*, II, 1.

(6) IBID., *Pomp.*, 33; *Lucull.*, 21.—DION. CASS., XXXVI, 35.

sus hijos. Su derecho de guerra estaba en armonía con esta crueldad de animal salvaje. Intentó asesinar á Lúculo; hizo matar á los jefes de los Galos de Asia con mujeres y niños; condenó á cuerpos enteros de magistrados á morir en manos del verdugo. En lugar de unirse á las poblaciones griegas las deportó: el pretendido libertador del Asia excedió á la tiranía romana. Se ha dicho que Mitrídates comenzó la reaccion del Oriente contra el Occidente; era una reaccion instintiva, sin fin y sin moralidad. Más hubiera valido al Asia continuar siendo romana; hubiera participado de la decadencia del Imperio, pero tambien se hubiese aprovechado quizás de su regeneracion (1).

N.º 2. — *El saqueo del mundo.*

Pompeyo celebró sus fáciles victorias con un magnífico triunfo. Los rótulos que precedían indicaban los nombres de las naciones conquistadas, y hacían notar que las rentas públicas, que no subían ántes de Pompeyo más que á 50 millones de dracmas (2) se habían elevado por sus conquistas á 81.500.000 dracmas; que había entregado al Tesoro público, tanto en monedas de plata como en muebles de oro y plata 20.000 talentos (3), sin contar 16.000 talentos que había distribuido entre sus soldados (4). No describirémos el resto de la pompa, los trofeos, los reyes cautivos (5); lo que nos llama la atención sobre todo es la inmensidad del botín. El Asia había sido saqueada por Sila, saqueada por Mitrídates, saqueada por Lúculo; sufría el saqueo permanente de los publicanos, y en aquellos países arruinados Pompeyo encontró aún con qué duplicar las rentas del Tesoro público y enriquecer su ejército. En verdad no se puede ménos de exclamar con Herder: ¡qué manera de robar!

(1) JUSTIN., XXXVIII, 1.—APPIAN., *De bello Mithrid.*, c. 112.—PLUTARCH., *Lucull.*, c. 14.

(2) El dracma valía unos noventa y dos céntimos.

(3) Unos ciento veinte millones de francos.

(4) APPIAN., *De bello Mithrid.*, c. 116-117.—PLUTARCH., *Pomp.*, c. 45.

(5) Drumann da detalles de este triunfo gigantesco (*Geschichte Roms*, t. IV, p. 484-489).

Sería una historia curiosa la del saqueo del mundo por los Romanos: se vería en ella, por decirlo así, el derecho de gentes de la antigüedad reducido á cifras. Los elementos de este trabajo existen en los triunfos en que los vencedores hacían ostentación de las riquezas de que despojaban á los vencidos. Referirémos algunos datos de esta estadística para dar una idea de la explotación del mundo por un pueblo conquistador.

Algunos años ántes del triunfo de Pompeyo, Lúculo había expuesto á las codiciosas miradas de los Romanos una estatua de oro de Mitrídates, de seis piés de altura, su escudo guarnecido de piedras preciosas, veinte cofres llenos de vajilla de plata, otros treinta y dos llenos de vajilla de oro, de armas del mismo metal y de monedas de oro. Ocho mulos llevaban lechos de oro, cincuenta y seis plata en lingotes y ciento siete monedas de plata, que ascendían, próximamente, á 2.700.000 dracmas. En fin, había registros en que estaban inscritas las sumas que Lúculo había enviado á Pompeyo para la guerra contra los piratas, las que había remitido á los cuestores, y en cuenta aparte los 950 dracmas (1) que había distribuido por cabeza á sus soldados.

Hemos referido los detalles dados por los historiadores sobre el triunfo de Paulo Emilio. Había sido precedido por el de Flaminio sobre Filipo. Este último era notable sobre todo por estatuas de bronce y de mármol, aunque no faltaban en él el oro y la plata. Había 18.000 libras de peso de plata en lingotes y 270 de plata labrada, es decir, vasos de todas clases, casi todos cincelados y de los que algunos eran obras maestras; muchos trabajos en bronce; por último, diez rodela de plata. En moneda de plata se contaban 84.000 piezas áticas, llamadas tetradracmas, de las que cada una pesaba, próximamente, tres dineros; en oro 3.714 libras de peso, un escudo macizo y 14.514 filipos (2).

Las victorias sobre Antíoco fueron celebradas con varios triunfos. Acilio, que había vencido á Antíoco y á los Etolios, se hizo preceder por 3.000 libras de peso de plata no acuñada, 113.000 tetradracmas áticas, 248.000 cistóforos y un gran número de

(1) Próximamente 855 francos (PLUTARCH., *Lucull.*, 37).

(2) LIV., XXXIV, 52.